



Francisco Villaespesa

Los remansos del crepúsculo

Imp. Casa Vdsal

Madrid

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

6500

LOS REMANSOS DEL CREPÚSCULO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESIA

Intimidades (tercera edición).
Flores de almendro (segunda edición).
Luchas (tercera edición).
Confidencias.
La copa del Rey de Thule (tercera edición).
El alto de los bohemios (segunda edición).
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitia: Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental (segunda edición).
El mirador de Lindaraxa.
El libro de Job.
El Jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Terre de marfil.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.

EN PRENSA

El balcón de Verona.
La musa gitana.
Leleilas.
Castilla.

PROSA

Zarza florida.
El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Julio Herrera Reissig.
La partida de ajedrez.

EN PRENSA

Las granadas de oro.
La torre de la cautiva.
Vida y Arte.
Eugenio de Castro.

FRANCISCO VILLAESPESA
DE LA ACADEMIA DE LA POESÍA ESPAÑOLA

R- 7891-A

Los remansos
del crepúsculo

POESÍAS

MADRID
IMPRESA CASA VIDAL
ATOCHA, 96 Y 98
MCMXI



ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

A Rafael Padilla, fraternalmente

VILLAESPESA

Madrid, 28 de Mayo de 1911

LOS REMANSOS DEL CREPÚSCULO

Á RICARDO JAIMES FREIRE

La corriente lustral de la vida
sus zafiros engarza un momento
en la frágil ribera florida,
bajo el combo y azul firmamento.

Y mi alma romántica y muda,
en remansos de paz se retrata,
como ingenua odalisca desnuda
en un fúlgido espejo de plata.

Y mi carne voraz, hoja á hoja,
bajo el verde silencio dormido,
lentamente su ensueño deshoja
en un vago perfume de olvido.

Da á mis versos tu lírico encanto
¡oh, divino oriental ruiseñor,
porque quiero dormir con mi canto
este antiguo recuerdo de amor!

¡Rompa el frágil silencio tu trino,
que tu música me haga olvidar
en mi largo y estéril camino
esta absurda obsesión de llegar!...

Esta sed infinita y eterna,
esta fiebre quimérica y vana
que no encuentra jamás la cisterna
donde espera la Samaritana.

La obsesión de llegar!... Pero ¿dónde?
¿Quién conoce la meta final?
¿Qué palabra la esfinge responde
á este anhelo de ascenso inmortal?

Y qué importa llegar, si en la arena
olvidamos, sin un ataúd,
para pasto del buitre y la hiena
el cadáver de la Juventud?

El misterio violar no pretendo...
Inconsciente camino al azar
tras la estrella y las nubes, oyendo
el lenguaje remoto del mar...

Ahora solo é inmóvil descanso
—¡no me vayas á hablar, ambición!—
en la verde quietud del remanso,
dando al viento mi ingenua canción!

Canción mágica y mística para
libertar á mi vida del mal,
como el agua corriente de clara,
transparente cual limpio cristal,

sin la niebla sutil de una idea,
sin la sombra de vaga emoción...
La canción del que nada desea...
Esa frágil y estéril canción

que se dice y apenas se siente,
que es de humo y apenas se ve,
¡y del labio se escapa inconsciente
sin que nunca sepamos por qué!

HORAS ROMÁNTICAS

Á J. T. ARRIEZA CALATRAVA

I

Cuando la tarde á declinar empieza,
para soñar con tu cariño ausente,
cierro los ojos, y pausadamente
reclino entre las manos la cabeza.

En mil gestos revive tu belleza:
te miro en los balcones, sonriente,
y la paz de la luna da á tu frente
el marmóreo candor de su pureza.

Me envuelve tu mirada soñadora...
Ya ahuecas con tus dedos el cabello,
ya ensayas en los labios un desvío...

Y así dejo pasar, hora tras hora,
recordando y llorando todo aquello
que pudo ser y que jamás fué mío!

II

Tu voz tiene un dulzor de áticas mieles
y un éxtasis de mística poesía.

Tu voz huele á jazmines y á claveles
y suena á coplas de mi Andalucía.

Tu voz fué hecha para el rezo y para
dar á las almas débiles aliento...

¡Si alguna estrella en el azul cantara
tendría las duizuras de tu acento!

Voz de palabras castas y tranquilas,
voz que impregna de llanto las pupilas
á donde nunca se asomara el llanto...

Voz hecha de piedad y de poesía,
para hablarnos, en horas de quebranto,
del Cielo, de Jesús y de María.

III

La piedad de tu mano es un milagro
de suavidades y de transparencia,
y á sus puras caricias les consagro
la más blanca ilusión de mi existencia.

Vivir entre tus manos como una
rosa de paz ó una paloma herida,
es sentir en la plata de la luna
diluirse el ensueño de la vida.

¡Oh, blanca mano que mi mano estrecha,
yo te daré perfumes mientras queden
rosales en mi senda florecida!

¡Oh, mano de piedad!... ¡Oh, mano hecha
para cerrar los ojos que no pueden
soportar las tristezas de la vida!

IV

Tus ojos son dos flores de tristeza,
dos claros lirios de melancolía,
que perfuman tu lírica belleza
de una inefable y mística poesía.

Ojos que aman la plata de la luna
y la pureza de los alabastros...
Ojos de paz que son igual que una
noche profunda constelada de astros.

Ojos ebrios de ensueño que tenéis
ardores de fulgentes mediodías
y claridad de noches tropicales...

¡Ojos de buen camino, florecéis
en las tinieblas de mis elegías
como dos luminosos madrigales!

V

El humo del tabaco desenrolla
la azulosa fragancia de su espira,
y la pereza de tu voz criolla
tiene dulces quejumbres de guajira.

Tu imagen en mis sueños se destaca,
suelta al viento la negra cabellera,
meciendo su indolencia en una hamaca
bajo la sombra azul de una palmera.

Siguiendo el movimiento de tus manos,
mientras me hablas dulce y quedamente
de paisajes fragantes y lejanos,

mi alma es un ave aprisionada y fija
en la fascinación de la serpiente
con ojos de rubí de tu sortija.

VI

El tapiz—arenales, caravanas,
y episodios de galgos y gacelas—
raya el sol que atraviesa las persianas
con sus doradas líneas paralelas.

Asciende del jardín un sople cálido,
y en el biombo, tras el cual tu sueñas,
manchan el cielo de un azul muy pálido
curvas emigraciones de cigüeñas.

Sobre el diván florido en la penumbra
mi pupila fantástica columbra
tus guantes como dos copos de nieve

y el rojo llamear de tu botina
de raso, digna de calzar la breve,
planta de una princesita china.

VII

Sobre las verdes y floridas lomas,
en la gracia melódica del cielo,
deshojan, flor á flor y vuelo á vuelo,
sus cándidas guirnaldas las palomas.

Tú persigues sus sombras, desde el banco,
sobre el azul espejo de la linfa
donde desnuda y clásica una ninfa
vierte su concha oval de mármol blanco.

Oculto entre las verdes enramadas
donde la savia palpar se siente,
presas de la ilusión con que fascinas,

mis miradas persiguen tus miradas,
como sobre las aguas de la fuente
se persiguen al sol las golondrinas.

VIII

Sobre los verdes huertos se difunden
vespertinos clamores de campanas,
y en un mismo reflejo se confunden
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas.

Las lejanas montañas se idealizan
en un incendio de fugaces rojos,
y á la par se desangran y agonizan
las luces del crepúsculo y tus ojos.

La tarde y tú... Dos sueños que se esfuman,
dos caricias de luz que palidecen...
Las viejas cargas del dolor me abruman...

Sollozan lentos dobles de campanas,
y en un mismo temblor se desvanecen
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas.

IX

Plasmáronse en la sombra los jardines
donde se deshojaba, triste y leda,
en un sonoro acariciar de seda
la romántica voz de los violines.

El callado pisar de tus chapines
levantaba, á su paso, en la arboleda,
un aliento fragante de reseda
y blancas polvaredas de jazmines.

Fosforeció la luna en tu cabello,
el lago se agitó como una pluma
bajo el encanto de tu rostro blondo...

Y los cisnes, tendiendo el grácil cuello,
se hundieron en un círculo de espuma
para besar tu imagen en el fondo!

X

Bajo los miedos de la noche incierta
la lágrima de plata de un lucero
á mis cansancios señaló el sendero
que termina en los olmos de tu puerta.

Llamó con leves golpes mi inexperta
mano desamparada de viajero...
Como Cristo el agobio del madero,
llevaba al hombro mi esperanza muerta!

En el silencio rechinó la llave,
y el corazón, como paloma inquieta
quiso romper la cárcel de su seno,

al contemplar, entre la luz suave
del umbral, la ilusión de tu silueta
toda de blanco como un ángel bueno!

XI

En la tibia piedad de tu regazo
se acogió mi dolor, igual que un niño
que huérfano de amparo y de cariño
al cuello de su hermana tiende el brazo.

Con gesto maternal mi desgreñada
y rebelde melena acariciaste,
y con tus besos me purificaste
bajo la paz azul de tu mirada.

Arrullaste mis sueños con voz queda,
y cerraron tus manos milagrosas
las úlceras de mi melancolía.

Y en tu falda imperial de oro y seda
resucitaron para mí las rosas
de la leyenda de Isabel de Hungría.

XII

Tanto he sufrido y tanto he caminado,
y tan rendido y fatigado vengo,
que milagrosamente me sostengo
gracias á la piedad de mi cayado.

Mi sien está de espinas coronada
y llagadas mis manos como Cristo,
¡y en el Calvario de la vida he visto
tanto dolor que no quiero ver nada!

Abreme que á tu puerta desfallezco!
Acógeme en tus brazos, dulce amiga,
que entre las sombras, de terror perezco!

Tiembla mi voz, se enturbia la mirada
y me caigo de sueño y de fatiga...
¡Deja un hueco á mi sien en tu almohada!

XIII

¡Qué dulce se desliza la existencia!
En medio de este ambiente de cariño,
mi corazón recobra su inocencia
y vuelve á ser ingenuo como un niño!

Mientras rima su acento con el mío
¿quién recuerda los viejos desengaños?
Ella ríe sus penas y yo río
las amarguras de mis treinta años!

Bajo la protección de sus miradas
se deslizan las horas tan calladas,
que ni siquiera resbalar sentimos

las sombras de su vuelo sobre el muro,
mientras, entre sonrisas, construimos
los castillos de naipes del futuro!

XIV

Mi sed no halló jamás una cisterna,
y triste y solo cruzo la llanura,
procurando olvidar esta ansia eterna
de saciar en tus brazos mi ternura.

Busco un refugio sin saber adónde,
entre gente viciosa y miserable,
escondiendo tu amor como se esconde
la llaga de algún cáncer incurable...

Sobre el horror de un mercenario seno
¡cuántas veces soñé que aún era bueno,
porque te ví á mi lado, por la espalda

el cabello, mirarme con cariño,
mientras tu mano acariciaba á un niño
dormido en la penumbra de tu falda!

XV

—¡No hay esperanza, no!—lloró tu acento...
Se opone entre los dos lo Irreparable.—
y deshice mi vida miserable
en la estéril angustia de un lamento.

En la larga agonía del momento
que tu silencio hacía interminable,
me sentí enloquecer como un culpable
ante el cadáver de un remordimiento.

Y te fuiste de mí, como la vida
se escapa por los labios de una herida...
Y te siguió mi amor hasta tu encierro,

echándose á morir junto á la puerta,
aullando de dolor igual que perro
sobre la tumba de su dueña muerta!

XVI

No sé qué llama intensa me consume
ni qué monstruo invisible me devora,
que el sueño de mi vida se evapora
con el fugaz aliento de un perfume.

Mi esperanza en un grito se resume,
y el alma entera de tristeza ilora,
al disipar las luces de la aurora
el nocturno fantasma de Ulalume.

Es un temblor continuo mi existencia,
como si presintiese la presencia
de algo que me estremece con un brusco,

erizante y mortal escalofrío...
¡Encuentro en todas partes un vacío,
y busco algo sin saber qué busco!

XVII

La altiva cumbre de quietud solemne
será tu pedestal, ánimo mío!
Como ella tú has de ser adusta y fría
y á toda humana corrupción indemne!

Allí no llegarán voraces hienas
á devorar su presa. Sola y muda
como una esfinge, te veré desnuda
de todo afecto más de toda pena.

Y si ves que otra alma peregrina,
venciendo toda humana pesadumbre,
hacia tu encuentro trémula camina,

súbela al pedestal, dale tu afecto,
y así, abrazados, sobre la alta cumbre
seréis la estatua del amor perfecto!

FANTASÍA CREPUSCULAR

À LUIS G. URBINA

Nos dejaba el crepúsculo su fantasma sombrío
ahogándose en la móvil transparencia del río.

Los jardines morían en la última llama
de un incendio de púrpura. La voz de la que ama

mi espíritu y mi carne, suspiró:—¡Apenas miro
la sombra de tus ojos!—Su voz era un suspiro,

un perfume que lentamente se diluía,
en el silencio cóncavo del crepúsculo. En vano
quise estrechar su mano, porque su frágil mano
se deshizo cual rosa de polvo entre la mfa.

Las montañas vecinas llameaban. Los pinos
eran lanzas sangrientas de fantasmas. Caminos

de terror á mis pasos sonámbulos se abrían...
Ni mis labios hablaban ni mis ojos veían...

Era como una sombra muda y ciega... Hasta el viento
callaba bajo el ala de un negro pensamiento

arraigado en la entraña de la tiniebla oscura.
El mundo entero era como una sepultura.

Y mi alma y tu alma y el alma de las cosas,
las sombras taciturnas de todas las ficciones,
eran como cadáveres coronados de rosas,
esperando el milagro de las resurrecciones!

El camino alargábase... Un brusco sobresalto
erizó nuestro vello, al sentir la saeta
que desde la fontana de la antigua glorieta
nos disparó la sombra de un Amor de basalto.

Eran los sauces negros dolores espectrales
que á orillas del remanso sus recuerdos lloraban...
Sobre nuestras cabezas, al pasar, deshojaban
su blancura fragante de ensueño, los rosales.

Y suspiró la Amada: ~Morir así quisiera,
perfumando la sombra del amor al caer...—
Y yo sentí en mi Otoño brotar la Primavera
y los viejos rosales del Amor florecer!

Y suspiró de nuevo:—Así quiero morir!...—
Y el silencio se hizo cóncavo para oír!

Un ruiseñor sonámbulo dió un trino. La arboleda
abrió su seno blanco bajo la verde seda

de su túnica rota... Y pálida y sombría
volví á ver su silueta fundida con la mía,

arrastrando conmigo su intraducible pena,
cual dos presos unidos por la misma cadena.

Surgió de pronto un cisne, rítmicamente bello,
y al tender, bajo el palio profuso del ramaje,
á nuestra sombra el arco de nieve de su cuello
fué una ese mayúscula rubricando el paisaje.

La amada estremeciése como una poseída...
Yo sentí entre mis brazos deshacerse su vida

como si fuera hecha de polvo solamente,
y sobre el tembloroso cristal de la corriente

al besar su semblante, la vi morir en una
extenuación de mármol besado por la Luna.

LUAR ROMÁNTICO

Á PEDRO CODINA

Camino mágico de luna
entre las olas de la mar,
camino trémulo de plata
en la nocturna oscuridad,

¿de qué país de ensueño vienes,
á qué país de ensueño vas,
que ni principio ni fin logran
en ti los ojos contemplar?

Entre tu polvo de diamantes
¿qué planta insomne trepará
por la aurea escala del deseo
á alguna cámara nupcial?

¿Qué Cenicienta en tí ha perdido
su zapatito de cristal?
¿Qué ángel pasó, que te ha dejado
como un olor de eternidad?

¡Lírica sombra de Julieta,
en el balcón no esperes más,
porque la sombra de Romeo
en esta noche no vendrá!

La vió la Luna en los jardines
con otra sombra dialogar...
Sus labios juntos eran rosas
bajo las rosas del rosall!

En la penumbra se veían
sus ojos lúbricos brillar,
mientras sus manos se engarzaban
como las perlas de un collar!

Mas nunca cierres las ventanas...
Espera aún, que llegará
por esa escala, su recuerdo
tus tristes ojos á enjugar!

¡Sombra de Elsa que á la orilla
del lago, vienes á soñar
con la blandura de aquel cisne
que fué tu místico ideal;

no aguardes más, vuelve de nuevo
á tu retiro sepulcral,
porque Lohengrin, para salvarte,
sobre su cisne no vendrá!

Le vió la Luna entre los sauces
de algún remanso de cristal,
la desnudez blanca de Leda
mudo de amor acariciar,

mientras sonaba en Monsalvato
en un repique vespéral,
el eco trémulo de oro
de las campanas de San Gráall

Mas no te apartes de este lago...
Espera siempre, que vendrá
si no Lohengrín, el blanco cisne
tu labio vírgen á besar.

Espera, espera que algún día
entre tu seno sangrará,
rasgando el velo que te envuelve,
su largo pico de corall

Camino mágico de Luna
entre las ondas de la mar,
camino trémulo de plata
en la nocturna oscuridad,

¿de qué país de ensueño vienes,
á qué país de ensueño vas,
que ni principio ni fin logran
en ti los ojos contemplar?

LOS CREPÚSCULOS MÍSTICOS

Á CÉSAR MIRANDA

I

En el vago crepúsculo sangriento
que incendia la paz mística del prado,
con el cabello desgredado al viento
y fluctuante su sayal morado,

¿no has visto
como un sueño, en lontananza
pasar la sombra trágica de Cristo
arrastrando la cruz de la esperanza?

¿Sentiste tu costado
desgarrado
por el violento empuje de una lanza?

¿No has llorado
al mirar la golondrina
arrancar de tu sien ensangrentada
la aguda mordedura de una espina?

Tu mirada
sedienta de consuelo
¿no persiguió por el azul del Cielo
de alguna sombra amada
el silencioso y solitario vuelo?

¿No acude un solo nombre á tu memoria
que te haga sollozar?... Pues calla y mira
en el espejo de tu propia historia
y hallarás la verdad de esta mentira:

—Hay siempre en los laureles de la gloria
un ruiñeñor que de dolor suspira...

II

La tarde rosa
en el jardín vertía
la sombra fugitiva y temblorosa
de una primavera melancolía.

El silencio dormido
de tristeza,
y aquel banco perdido
donde, oculta en las manos la cabeza,
nuestro amor, más que amor era un olvido

de todo humano anhelo...

Amor de luz, de paz, de primavera,
que en nuestro cuerpo y nuestras almas era
hambre de eternidad y sed de cielo!

La hora de una suavidad de raso,
las lejanas,
cristalinas y angélicas campanas
sonorizando el alma del ocaso,
la luz que se extinguía
en el azul igual que un pensamiento...

Todo místicamente nos hacía
pensar en un total renunciamento...

Y despertando nuestra fe dormida,
olvidando el presente y el pasado,
sentimos ansias de inmolar la vida
por redimir las almas del pecado!

Yo dije, contemplando el horizonte
crepuscular, donde una cruz abría
sus negros brazos sobre un alto monte:

—¡Oh, tarde azul de mística poesía,
para morir, bajo el clamor de plata
de tus campanas, sin ningún encono,
diciendo á quien nos mata:
—Verdugo, eres mi hermano y te perdono!

Y tú añadiste doblgando el cuello,
á morir bajo el hacha resignado:
—Tarde para enjugar con mi cabello
los pies heridos del Crucificado!

III

Tu mística silueta
cineraria
se proyecta en la alcoba solitaria,
perfumando mis sueños de poeta
con el incienso azul de la plegaria.

Un pensamiento
doloroso y tenaz dobla mi frente
y acongoja mi espíritu cobarde...

En el silencio ambiguo del momento
en la penumbra aletear se siente
el murciélago espectro de la tarde.

Silueta sobrehumana
que á la cita
de un viejo amor acudes... Resucita
en tu mirar una visión lejana,
y hay en tu mano olores
fugitivos
de unos viejos y místicos amores
en el silencio sepultados vivos.

Evoca
la tímida sonrisa de tu boca
los labios virginales
que de mis labios complemento fueron...
¡Los labios que á mis sueños sonrieron
detrás de unos románticos cristales!

Tu mística silueta
de otros días,
proyecta en mis remansos de poeta
la sombra de inmortales elegías,
derramando en mis horas de martirio
lírica imagen de la Magdalena,
su perfume de mística azucena
y su blancura virginal de lirio!

BAJO LOS SAUCES
Á ITALO MARIO ANGELONI

La tarde tiene suavidades
de fugitivos terciopelos...

Mano de seda que acaricia
los sauces y nuestros cabellos,
mano de paz que sella el labio
con la cruz blanca de sus dedos...

En la esmeralda del paisaje
resuenan frágiles los besos,

igual que perlas que se engarzan
en los collares del silencio...
Todo está hecho en esta hora
para el olvido y para el sueño...

Las sombras borran el pasado,
y entre las zarzas del recuerdo,
cual blanca corza perseguida
tiembla de miedo nuestro cuerpo,
sangrando vivo entre los dientes
de las jaurías del deseo...

Por los jardines del crepúsculo
pasa un rumor de antiguos besos,
como un arrullo de palomas
entre floridos limoneros,
ungiendo al paso, de azahares
la cabellera azul del viento.

En los remansos cristalinos
los melancólicos luceros
sus vivos ojos de diamantes
para mirarnos van abriendo...
Paz para el alma... y un olvido
de todo para nuestro cuerpo!

EN EL CREPÚSCULO LLUVIOSO

La lluvia sobre el campo... Las neblinas
azulan el verdor de la floresta...
Todo se esfuma y todo llora en esta
opacidad de gruta submarina.

Nuestras manos se oprimen temerosas
para darse calor. La noche empieza,
y al tocar con sus sombras tu cabeza
deja un perfume de marchitas rosas.

La música del agua nos arrulla.
¡Ven y dime al oído
con voz sedienta de pasión:—Soy tuya
y entre mis brazos te daré el olvido...

Un olvido romántico que sea
como un remanso, donde tu mirada
en el espejo de mis ojos vea
el lunático abismo de la nada!

Necesito olvidar. Me agobia el peso
de tanto error como cayó en mi vida...
Dame un beso, pasión!... Todo se olvida
en las bodas efímeras de un beso.

Su aullido el viento en la campiña acalla...
Sólo turban las sombras nocturnales,
igual que un llanto que de pronto estalla,
el temblor de la lluvia en los cristales!

El lecho en la penumbra nos espera...
¡Ven á dormir, antes que silenciosa
de su áspero cubil salga la fiera
á devorar la noche tenebrosa!

Ven, y mientras la lluvia nos arrulla,
repítame al oído
con voz sedienta de pasión:—Soy tuya,
y entre mis brazos te daré el olvido!

CREPÚSCULOS Y NOCTURNOS

À JOSÉ ROCAMORA

I

Cargada de nostalgias la frente pensativa
en silencio el encaje de tus ensueños labras,
y como una princesa desdeñosa y altiva
eres parca de gestos y sobria de palabras.

Tienes los mismos ojos conque miró Julieta
temblar en sus balcones la escala del deseo,
¡Pudieras haber sido la musa de un poeta
ya que ser no pudiste la amada de Romeo!

Por pronunciar el nombre de tu regia hermosura,
con la espada clavada hasta la empuñadura
murieron caballeros en los tiempos lejanos...

Y cuando entre los mármoles de tu balcón asomas,
mis versos como blancas bandadas de palomas,
van á picar semillas de amor entre tus manos.

II

A la fragante sombra de los floridos tilos
en las luchas diarias busco paz y descanso,
contemplando en tus ojos profundos y tranquilos
detenerse mi vida en límpido remanso.

¡Oh! si el tiempo voluble detuviese su rueda
por siempre, en esta hora, cuando feliz estrecho
sobre el mullido y verde césped de la arboleda,
mi alma contra tu alma, mi pecho con tu pecho!

La tarde va regando por las sendas tranquilas
olores de rebaños y temblores de esquilas.
Y bajo los ramajes que agitan mansos vientos

y los solares rayos de luz espolvorean,
mis besos en tus labios son pájaros hambrientos
que el corazón de una granada picotean!

III

Y me perdí en la senda donde los surtidores
de plata, sobre el blanco mármol de la fontana,
desatando sus perlas deshojaban las flores,
presintiendo la cita de alguna sombra hermana.

Transminaba el crepúsculo un perfume de rosa,
rasgó el silencio un rápido trinar de golondrina.
La glorieta tenía esa humedad verdosa
de las algas y el líquen de una gruta marina.

Y apareció la sombra impalpable y ligera.
Eran sus crenchas fértiles como una primavera
de oro sobre el estío purpúreo de su traje...

Un olor á violetas despertaba su falda,
y á través de sus ojos se alargaba el paisaje
en una fresca y pura claridad de esmeralda.

IV

La luz última muere en las cumbres nevadas,
se encienden las primeras estrellas en el río,
y se apiñan las sombras bajo las enramadas,
como mendigos ciegos que firitan de frío.

La noche, en los jardines, la aparición asume
de una dama enlutada que entristecida y muda,
va destapando todos sus pomos de perfume
para aromar su estéril tálamo de viuda.

Rutilan las estatuas de los parques. Es hora
en que el Dragón se duerme y, la Princesa mora,
escuchando las quejas del ruiseñor sonoro,

mirándose en el claro cristal de la laguna,
se peina con el peine de plata de la Luna
el sol de su ondulante cabellera de oro.

V

Al beso de la luna cruza una escalofrío
de plata por las niveas vértebras de la sierra,
y es la fosforecencia fugitiva del río
una cinta de cielo que atraviesa la tierra.

Peina el sauce á la luna el blancor de sus canas
sobre el agua fragante donde se inmoviliza,
y un ladrido de perros el silencio humaniza
evocando luceros de entreabiertas ventanas.

Está la noche hecha de músicas y aromas,
tiene el aire aleteos de místicas palomas;
y para ahogar sus ansias de avaras sin tesoro

y saciar su apetito de tullidas eternas,
la caridad del cielo echa estrellas de oro
en la negra y profunda boca de las cisternas.

VI

La noche, una beatífica tranquilidad serena...
Dan, ante la sonrisa de unos labios amados,
ganas de confesarse con un alma muy buena
para que nos absuelva de todos los pecados.

¡Oh, si pudiera alguien limpiar nuestra conciencia
de todo, y nuevamente tornarla cristalina!...
¡Ser otra vez un niño, vestido de inocencia,
verlo todo con puros ojos de golondrina!

Noche serena, noche para brillar como una
estatua de alabastro bajo un rayo de luna
en la fuente que anima la fragante glorieta,

Noche creada para la cita del deseo...
¡y subir por la frágil escala de Romeo
al marmóreo y florido mirador de Julieta!

VII

En tus senos de ébano, noche, doblo la frente
para olvidarlo todo. Soy un ciego lebel
que herido y tacteando regresa lentamente
al hogar de su dueño para morir en él.

Dame tu olvido, dame tu silencio profundo
como el que reina bajo la piedra tumular.
A tus brazos me arrojan los naufragios del mundo
como arroja á la playa sus náufragos el mar.

Echa cera en mi oído para que no oiga nada,
y amortaja en tus sombras mi carne ensangrentada
y da tu pecho al alma setibunda de fe...

Beber quiero en tus senos la leche del olvido,
pues me eriza de miedo recordar lo que he sido
y me huela de espanto pensar lo que seré.

VIII

Se santiguan de miedo los viajeros perdidos;
las sendas encharcadas de tinieblas están,
y devoran la noche desnuda, dando aullidos,
los negros y famélicos lobos del huracán.

Por la vega los ríos su caudal desbordaron;
la sombra es como un trágico y tenebroso mar;
y de espanto los labios que rezar olvidaron
las viejas oraciones procuran recordar.

Las ráfagas del viento agitan las campanas.
Las casas se estremecen como cosas humanas
que evocan las palabras mágicas de un conjuro.

Y el relámpago escribe con su rojo carbón
fugitivo y efímero, sobre la cal del muro
la sentencia fatídica: ¡No tienes salvación!

IX

Llamé con rudos golpes á tu mansión eterna.
Iba mudo de angustia y ciego de llorar;
y tras mi sombra errante cerróse la poterna
y ensordecí en tu grávido silencio tumular.

Vengo desposeído de todo cuanto tuve,
monarca destronado del reino de la luz...
Sangra toda mi vida. ¿Recuerdas cuando estuve
con los brazos abiertos clavado en una cruz?

A tu puerta he dejado mi corona de abrojos,
y mi cetro de caña, mis manos y mis ojos,
y los sucios harapos de mi manto carnal...

Y cuando el Angel suene la trompeta de plata
de las Resurrecciones, ¡oh, tierra, seme grata
y haz que no me despierte de tu sueño inmortal!

X

Mientras rugen de hambre en las calles los vientos
y la lluvia sus odres en las sombras desata,
bajo la chimenea crepitan los sarmientos
retorciéndose como serpientes de escarlata.

En torno de la hoguera se apiñan los pastores.
Unos tejen la soga que urdirá los rediles;
y otros ensayan coplas y tonadas de amores
en sus largas y toscas zampoñas pastoriles.

Y á la puerta, erizados los cuellos de carlangas,
dormitan los mastines... ¡Oh, paz serena y pura!
Bajo tus negros ojos y entre tus manos blancas

abandono mi vida... ¡Oh, campestre poesía!...
¡Oh, quien tuviese el alma exenta de amargura
capaz de tejer sueños y de amar todavía!

XI

Esta noche en tu falda mi vida se ha dormido
como un niño asustado por los ogros de un cuento...
Quiero cerrar los párpados para dar al olvido
la amargura vivida y el dolor que presiento!

Inmemore de todo, dormir eternamente
en tu blando regazo, y que pase la vida,
como bajo los arcos silenciosos del puente
pasa, en temblor de seda, la corriente dormida.

Los ojos se cansaron de ver, y hasta el oído
sueña con los eternos silencios del olvido.
¡Alma, cierra tus ojos, dobla tu sien inerte

en la falda de un sueño y quédate dormida!
Contra la dolorosa inquietud de la vida
no queda más recurso que la paz de la muerte!

XII

Me aduermo en el regazo de la antigua aventura
que en esta noche insomne me viene á visitar,
mientras aulla el viento por la calleja oscura
y se oye en los cristales la lluvia resbalar.

—¿No te acuerdas —me dice— de aquel voraz cariño
que auyentó de tu senda las sombras del dolor?—
y me duerme en sus brazos como se duerme á un niño,
cantándome leyendas de esperanza y de amor.

Un ruiseñor cantaba... En la clara laguna
temblaban las estrellas. Y la luz de la Luna
enlazaba dos sombras en el blanco balcón.

Un abrazo y un beso de infinita poesía...
Bajo su leve mano mi corazón latía
y yo también sentía latir su corazón!

XIII

Al calor de las llamas de los troncos de encina
bajo la chimenea vetusta y blasonada,
transcurre la indolente velada campesina
mientras va amortajando los valles la nevada.

¡Se habla de tantas cosas! De los lobos hambrientos
que diezman los rebaños y asolan las campiñas,
de los terribles fríos y de los malos vientos
que agostaron las mieses y quemaron las viñas.

De las malas cosechas. El aceite escasea.
Se mueren los rebaños... Se despuebla la aldea...
Un año como este los más viejos no han visto...

Y todos se santiguan en torno de la llama,
y alguno, todo pálido, en voz muy queda exclama:
—En su corcel de fuego se acerca e! Anticristo!

XIV

Mientras lúgubre el viento aulla en los corredores
y como un esqueleto cruje la vidriera,
para evocar fantasmas de difuntos amores
el Insomnio se sienta junto á mi cabecera.

Me hace encender la lámpara y comienza el conjuro;
y clavando en mis ojos sus dolientes miradas,
cual desfile de sombras proyéctanse en el muro
las siluetas borrosas de mis muertas amadas.

De una, recuerdo el nombre romántico y sonoro;
de otra la luminosa cabellera de oro,
una dulce sonrisa, una frase, un suspiro...

Y de algunas, de algunas... ya no recuerdo nada...
Me miran, y en sus ojos resplandecientes, miro
resucitar más bella mi juventud pasada!

XV

De este tempestuoso naufragio de mi vida
salvar no he conseguido ni un recuerdo de amor
Me hallé solo y desnudo donde todo se olvida,
en la estéril ribera del más hosco dolor.

Y me envolvió la noche con su negra mortaja,
y recordando todo cuanto perdí en el mar,
sentí, vivo, la asfixia tremenda de la caja,
la agonía del tísico sin poder respirar...

Busqué en mí alguna cosa que evocase el pasado,
y sólo hallé mi cuerpo sangriento y desgarrado
y exhausto de ternura mi pobre corazón...

Y me encerré en mí mismo con mi contraria suerte,
igual que el que se encierra, para darse la muerte,
con un tigre famélico dentro de un panteón.

XVI

Me has hundido en la noche como en una cisterna
profunda y tenebrosa... Di, Señor ¿por qué hiciste
para mi inevitable condenación eterna
mi cuerpo tan indócil y mi ánima tan triste?

Mi alma es como una llaga que de sangrar no cesa.
Toda mi carne se abre como una inmensa herida,
¡Son demasiado tigres para una sola presa!
¡Y son muchos dolores para una sola vida!

Mi materia y mi espíritu son una misma cosa:
todo sangra y me duele, todo es lepra asquerosa.
Y mientras sin un grito, dentro de la cisterna

mi vida se consume, en el azul del cielo
mienten los claros astros una esperanza eterna...
Mi afán no tiene límites, ni mi dolor consuelo!

XVII

Esta noche, el silencio de mis tristes jardines,
ha roto con sus trinos un ruiseñor. Venía
en el aire una dulce embriaguez de jazmines
á refrescar la frente de mi melancolía.

Perfumaba la noche la nueva primavera;
el viento era suave; cada rama una lira
de fragantes acordes... Y era mi vida entera
un oído que escucha y un aliento que aspira.

Apareció entre nubes la luna plateada
como entre los recuerdos surge la faz amada
de alguna novia muerta... Y desfiló el pasado

con sus blancos cortejos de puras alegrías
á través de las dulces memorias de otros días,
como en el claro fondo de un espejo encantado.

XVIII

Es una noche de esas para hacer un viaje
en diligencia, envueltos en mantas de caireles,
mientras desfilan rápidas las sombras del paisaje
entre coplas, trallazos, gritos y cascabeles.

Un zagal canturrea: —«Corre caballo pío,
hacia la blanca venta de mis amores, vuela!—
La voz muere de angustia. Y al relinchar, de frío
el aliento en las foscas narices se congela.

Se para el carruaje junto á un despeñadero.

—«¡Altos!»—una voz impone:—«La vida ó el dinero!»—

Se apiñan hoscas sombras, se oye un rumor de gente.

Y á la luz fugitiva de un relámpago, brilla

el cañón de un trabuco que apunta á nuestra frente

detrás de los cristales de alguna ventanilla.

XIX

Bajo el tempestuoso negror de tu cabello,
la noche de tus ojos el rostro ensombrecía.
Era tu faz como una mirada de agonía
que curvaba mi médula y erizaba mi vello.

Fijos en mis pupilas, bajo el negror terrible
de tus crenchas de ébano, prometían tus ojos
lo que jamás cumplirme podrán tus labios rojos,
aquello que más amo por ser un imposible!

¡Oh, tentación eterna de tus ojos malditos,
negros como tu alma, profundos, infinitos...
que me alientan con una imposible quimera!

¡Ten piedad de mi trágica y bárbara agonía,
y huye de mí tus ojos!... y deja en paz que muera
al corazón que sabe que nunca serás mía!

XX

Alma que absorbe toda la substancia perdida
para formar un mundo; alma que silenciosa
abriendo va su cáliz al sueño de la vida
como al soplo del viento se entreabre una rosa.

Tú sabes el secreto de la *Bella Dormida*
que en el encantamiento de las selvas reposa,
igual que una crisálida que espera estremecida
el brotar de las alas para ser mariposa.

Ya en tus vivos omoplatos el palpitar se siente
de las alas, que aguardan para el vuelo sagrado
las palabras creadoras del místico conjuro.

Y eres un vespertino crepúsculo viviente
donde luchan las últimas tinieblas del Pasado
con los vagos y tímidos albores del Futuro.

LAS ROSAS DEL CREPÚSCULO

Á MARIANO MIGUEL DE VAL

I

No hay gajo de laurel, rama de oliva
ni corona de oro
mejor para mis sienes que tus manos,
manos de amor cuyos fragantes óleos
vierten en los remansos de mi vida
como un olvido místico de todo.

Amen unos el sol y otros la luna,
que yo tan sólo adoro

el lucero que tiembla en el crepúsculo
divinamente triste de tus ojos.

II

Aquí, bajo los sauces: vino, rosas
y un volumen de versos,
mi vida se serena en la esmeralda
de un remanso fantástico de ensueño.

Bajo el fugaz milagro del crepúsculo
truécase en paraíso mi desierto...
(Mi desierto?... Vivir conmigo mismo,
en un mismo redil, lobo y cordero).

La serpiente de la Sabiduría
enroscada en el árbol de mi huerto,
no volverá á ofrecerme su manzana,
porque frutos no dan los ramos secos.

En vano en los remansos embrujados
—de mi vida interior claros espejos—
caricatura absurda de mi vida,
se asomará la sombra de un recuerdo;
apariencias de otras apariencias,
rosas de humo que deshoja el viento...
¿Es mi cuerpo la sombra de mi alma
ó es mi alma la sombra de mi cuerpo?

III

¡Oh, viento que estremeces mis cabellos
¿qué flores, al pasar, has deshojado
que viertes en las sombras del crepúsculo
como un Oriente lúbrico de nardos?
¿Qué túnica de virgen pensativa
en tu rauda carrera has levantado,

que dejas en mi carne solitaria
como el perfume de algún cuerpo humano:
suavidades de senos impolutos
y humedad de cabellos destrenzados?

El enjambre sonoro del silencio
liba en mi corazón, romero amargo,
su miel más dulce... Tu recuerdo deja
un perfume de besos en mis labios.

IV

El crepúsculo arroja de los hombros
las gasas de amaranto que le velan,
desengarza sus rítmicos collares
de amatistas, granates y turquesas,
y dejando olvidadas sus sandalias
de púrpura, en la hierba,
se lanza en el remanso... Es un suicida
que no pudiendo resistir la pena

de envejecer, prefiere hallar la muerte
á perder su belleza...

Alma, como el crepúsculo, si un día
sientes perderse tu orgullosa fuerza,
húndete en los remansos de la vida,
y en las orillas olvidadas deja
las cadenas de oro que te ciñan
y el velo de amaranto que te vela!

V

Mi sien sobre tu hombro. Entre mis manos
la salobre humedad de tus cabellos...
En el árabe patio de mi alma
el surtidor sonoro de tus besos,
y tu perfume en todo... A mí viniste
envuelta en una túnica de ensueño,
á ofrecer á mi sed calenturienta
de peregrino eterno del desierto,

el frescor de tu agua y los maduros
y fragantes pomares de tu seno.
¿Cuántas horas pasó la caravana
reposando á tu sombra?... Tu recuerdo
efímero y fugaz pasó temblando,
como un fragante y fugitivo vuelo
de palomas perdidas en las brumas
de un lluvioso crepúsculo de invierno.

VI

Para el último sueño de la vida,
últimas rosas de mi primavera.
Antes de que en las sombras del crepúsculo
sus cálices de luz se deshicieran,

y su polvo fragante perfumara
el polvo miserable de la tierra,
una á una mis manos las cortaron
para adorno y aroma de tus trenzas.

Como crecieron todas entre espinas
y temblaban mis manos al cogerlas,
como una ofrenda de mi propia carne,
gotas de sangre en sus corolas llevan.

Y si antes de ceñirlas á tus rizos
á tu labio un instante las acercas,
como un perfume de melancolía,
mi alma y mi carne aspirarás en ellas.

Para el último ensueño de la vida,
últimas rosas de mi Primavera!

VII

En la noche, rasgando las tinieblas
con la luz de tu espíritu, llegaste
á la torre encantada donde sueño
cansado de vivir y de esperarte.

Era el silencio tan glacial. Había
tanto hielo en las ráfagas del aire,
que mi espíritu apenas si notaba
los febriles ardores de mi carne.

Al lado de mi cuerpo, parecía
un espectro velando su cadaver.

El recuerdo de todo aullaba fuera,
como un perro esquelético de hambre
que erizado de horror, ladra á los miedos
que vagan en las sombras de la calle.

La puerta se entreabrió sin hacer ruido
y en el umbral resplandeció tu imagen,
como si en las tinieblas con un fósforo
una mano irreal la dibujase.

VIII

El insomnio tenaz hincha mis ojos,
la hoguera de la fiebre me devora...
Toda mi carne es un dolor que abrasa
y mi alma es humo que en la noche flota.

Da las cuatro el reloj... y lentamente
retiembla en el silencio cada nota,
¿un martillo, quizá, que cierra un féretro?
¿un golpe de azadón que abre una fosa?

Yo no sé, pero siento que en mi carne
vibran cuatro puñales... En la sombra
fosforecen dos ojos, y, el silencio
rasga una voz que tímida me nombra...
¡La voz de aquel amor que fué un fantasma
porque besar jamás pudo mi boca!

LAS NAVES DEL CREPÚSCULO

Á VÍCTOR M. RENDÓN

La tarde, sobre un navío
—púrpura, jacinto y oro—
resplandece en el sonoro
alargamiento del río,

que refleja en sus cristales
la viva policromía
de islotes de pedrería
y arrecifes de corales.

Pasa la tarde, apoyada
en un mástil, muda y quieta,
con su túnica violeta
de jacintos recamada...

Dora el agua cristalina,
con la pompa fabulosa
de una antigua y orgullosa
emperatriz bizantina,

mientras mi vieja quimera
engarza rimas de oro
en el silencio sonoro
de la fragante ribera.

¡Rojo y dorado navío
que te alejas lentamente,
rompiendo la transparente
sierpe de plata del río,

con la prora al «más allá...»

Eres como un ataúd
florecente donde va
inmóvil mi juventud,

pálida de extenuación,
de oro y púrpura vestida,
sangrando por una herida
en mitad del corazón!...

CAMINOS DE SOMBRA

À PEDRO CÉSAR DOMINICI

Cruzamos espectrales por los largos caminos
encharcados de sombra, donde los hoscos pinos
tallados en basalto, parecen asesinos

que torvos cuchichean preparando algún robo,
mientras resuenan trágicos, erizando el cabello,
en las profundas guájaras, los aullidos del lobo,
y hay manos que se tienden para ahogar nuestro cuello.

Noche trágica y lúbrica, tenebrosa ramera
que en su cubil de sombras ampara todo crimen!
Voces de agonizantes, en las tinieblas gimen,
y afila en los guijarros sus zarpas la pantera...

Relámpagos de espanto estremecen el monte,
y el alma se retuerce en rudo forcejeo,
ceñida por las rojas serpientes del deseo,
con el gesto terrible del grupo de Laoconte.

Esta melancolía
es mitad patológica y mitad fantasía.

Hastío del espíritu cansado de soñar
y tedio de la carne fatigada de amar...

No hay dolor en el mundo que yo no haya sufrido,
ó con la carne viva ó con el pensamiento,

porque brotar los gérmenes en mis entrañas siento
de dolores futuros y dolores que han sido.

Por sufrir los dolores propios y los extraños
viví treinta y dos siglos en mis treinta y dos años.

Vi seca mi esperanza en plena primavera,
sentí morir mi vida hasta en lo más profundo,
y sufrí tanto y tanto cual si mi alma fuera
la síntesis de todos los dolores del mundo.

Como un árbol que tiene la raigambre podrida
así fué poco á poco, secándose mi vida...

Esqueletos de árboles en la verde floresta,
fantasmas vegetales sin nidos y sin flores,
cadáveres de ensueño presidiendo una fiesta,
¡como mi propia carne siente vuestros dolores!

El arte sólo ha sido
el ramo donde tantos dolores he reunido,
atados con la cinta de la melancolía,
por eso es tan amarga la miel de mi poesía...

Y por eso mis versos son flores de un pantano
que prenderse no pueden sobre tu frágil seno,
porque encierran sus cálices todo el mortal veneno
de la angustia divina y del dolor humano.

Cegadas las pupilas por tanto como han visto,
con el madero al hombro, igual que Jesucristo,

sín la mano piadosa de un amable recuerdo
por el bosque de esfinges de la sombra me pierdo...

¡Noche, negra asesina
de todo cuanto es luz, tiende tu manto

sobre esta ciega y muda pordiosera del canto,
sobre mi pobre alma, desolada heroína

de una antigua tragedia insospechada y ruda,
que por las largas sendas erizadas de abrojos,
descalza y sin amparo, temblorosa y desnuda,
clavando en las tinieblas las cuencas de sus ojos,

tacteano camina
sin fuerzas para alzar el puñal que asesina!

Una frialdad de mármol sus miembros paraliza,
el áspid de lo eterno el corazón le hiere...
¡Dale de tu pan negro porque hambrienta agoniza!
¡Dale á beber tu olvido porque de sed se muere!

¡Ten piedad de su agobio! Camina tan enferma
que no tiene esperanza... En tu negro jardín
dale tu estrecha tumba para que en ella duerma
ese sueño de mármol que nunca tendrá fin!

OFRENDA

La última flor de mi vida vengo á quemar en tu fuego...
¡Amor, atiende mis votos y ten de mí compasión!
De gritar me encuentro mudo, de llorar me quedé ciego
y de tanto como he amado he perdido el corazón.

Lleno de polvo y de sangre ante tus altares llevo,
como un viejo peregrino apoyado en su bordón,
y el gesto con que te imploro y la voz con que te ruego
son las súplicas de un náufrago que no encuentra salvación.

¡Por el agua y por el fuego, por todo cuanto se encierra
en la gloria de los cielos y en el dolor de la Tierra,
por aquello que ha pasado, por todo cuanto no ha sido,

¡ten compasión de mis ruegos, y no me dejes caer
en medio de las profundas lobregueces del olvido
sin que estreche entre mis manos una mano de mujer!

ÍNDICE

	PÁGS.
Dedicatoria	5
Los remansos del crepúsculo	7
Horas románticas.....	15
Fantasia crepuscular.....	51
Luar romántico.....	61
Los crepúsculos místicos.....	67
Bajo los sauces.....	79
En el crepúsculo lluvioso.....	85
Crepúsculos y nocturnos	91
Las rosas del crepúsculo.. ..	133
Las naves del crepúsculo.....	149
Caminos de sombra.....	157
Ofrenda.....	165
Índice.....	169

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA IMPRENTA
«CASA VIDAL» EL DÍA
DIEZ DE JUNIO
DE MCMXI

En la página 28, verso 7, dice:

de raso, digna de calzar la breve,

Debe decir:

de raso, digna de calzar la breve

En la página 46, verso 7, dice:

aullando de dolor igual que perro

Debe decir:

aullando de dolor igual que un perro

En la página 63, verso 11, dice:

con la blandura de aquel cisne

Debe decir:

con la blancura de aquel cisne

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-rem



1002956



Los remansos del crepusculo